

¡NOS ATACAN LOS PIRATAS!



JUAN CARLOS SAAVEDRA GUADALUPE

**BILENIO**
publicaciones



¡NOS ATACAN LOS PIRATAS!

Juan Carlos Saavedra



Imagen de la cubierta: Guillermo Saavedra García

© Juan Carlos Saavedra, 2012

© Bilenio Publicaciones., 2012

info@bilenio.com

Tlf: 928 471 620/675 583 559

Las Palmas de Gran Canaria

Más información sobre el autor y la editorial

www.bileniojoveneslectores.com

www.bileniopublicaciones.com

www.alargalavida.es

Todos los derechos reservados

Impreso en el Archipiélago Canario

Dentro de los tesoros que guardo y más aprecio, se encuentra un viejo manuscrito que encontré en una casa del barrio de Vegueta, en la que hace ya muchos años, abrí mi primer despacho de abogado.

Para poder acondicionar la entrada a la casa, con la finalidad de instalar una pequeña sala de espera para mis clientes, tuve que derribar una pared que no pertenecía a la construcción original de la vivienda.

Encontré detrás otro tabique más antiguo y entre las piedras que se habían usado para su construcción, alguien había escondido una caja de madera con viejos pergaminos de papel, escritos con letras inseguras, propias de un niño.

El texto estaba narrado en castellano antiguo por lo que, con mucha paciencia y la ayuda de expertos en la lengua de esa época, debí adaptarlo al castellano que hablamos en la actualidad para poder leerlo y entenderlo.

Por fin me he decidido a hacer público el contenido de ese viejo manuscrito para que todos los canarios conozcan las vivencias de Miguel Silva, vivencias que marcarían para siempre el futuro tanto a él como a todas las personas que vivieron en Gran Canaria a lo largo del año 1599.

Espero que las palabras de Miguel, recuperadas del túnel del tiempo, te permitan trasladarte a la ciudad de Las Palmas del año 1599 y “ver con tus propios ojos” la invasión, la destrucción de la ciudad y la valentía de aquellos que la sufrieron.

Es necesario señalar que no he añadido ninguna palabra al texto original, éste tiene por sí mismo la fuerza necesaria para cautivar a cualquier lector, sea o no natural de Las Palmas de Gran Canaria.

Juan Carlos Saavedra

¡NOS ATACAN LOS PIRATAS!

Un cañonazo me despertó, era la mañana del 26 de junio del año del señor de 1599. Me había quedado dormido, acurrucado junto a una de las paredes de la ermita de Santa Catalina. Había salido a media tarde a buscar conchas marinas y la oscuridad me sorprendió fuera de las murallas.

Desde la montaña del Vigía en Las Isletas salía una gran columna de humo, señal que todos conocíamos y que servía para avisar a los soldados del Castillo de Las Isletas de un ataque por mar. Hacía algunos años, había visto un fuego parecido cuando el pirata Drake intentó atacar mi ciudad.

Me incorporé y miré el horizonte. En el mar se podían ver más de 50 barcos de guerra que intentaban acercarse a tierra manteniéndose lejos del alcance de los cañones canarios.

Una fila de hombres que arrastraban varios cañones pasó frente a donde me encontraba. Habían salido de la ciudad por la puerta de Triana. Ni siquiera se fijaron en mí. Con solo doce años y pequeño para mi edad, estaba muy claro que más que una ayuda para ellos, iba a ser un estorbo.

Decidí seguirlos hasta Santa Catalina intentando que no se notara mi presencia. Pude observar cómo preparaban trincheras entre las dunas de arena para impedir que los tripulantes de la flota pudieran desembarcar sin enfrentarse a ellos.

Durante más de dos horas los cañonazos retumbaron sin un segundo de descanso, incluso tuve que taparme los oídos porque parecía que la cabeza me iba a estallar.

Desde el Castillo de Las Isletas salían fogonazos dirigidos hacia los barcos invasores. Estos respondían a su vez con disparos de cañonazos que estallaban en los muros de la fortaleza.

De repente el Castillo enmudeció y dejó de escupir bolas de fuego. En ese momento cientos de lanchas atestadas de corsarios se lanzaron al mar para intentar llegar a la costa. Por cuatro veces lo intentaron sin éxito. Al quinto intento lograron desembarcar frente a mí.

Me sentí pequeño, allí escondido mientras luchaban cuerpo a cuerpo mis vecinos y los extranjeros recién llegados. En un principio creí que éstos eran ingleses, pero mas tarde me enteré que en realidad eran de un país llamado Holanda.

Todo olía a pólvora quemada. Intenté salir corriendo pero mis pies no me respondían. Empecé a rezar lo primero que se me vino a la cabeza, estaba convencido de que moriría allí mismo. De pronto una mano fuerte me agarró del brazo y tiró de mí, llevándome casi a rastras hacia las murallas. El miedo me impedía hablar ni actuar, por lo que me dejé llevar sin ofrecer resistencia.

Mi salvador me empujaba en silencio, sin decir ninguna palabra. No me soltó hasta que rebasó la puerta de Triana y se sintió seguro tras las murallas que rodeaban toda la ciudad.

Cuando su poderoso brazo me liberó, me acarició con cariño una de mis mejillas y me preguntó mi nombre. Antes de que pudiera responderle se dio la vuelta para dirigirse de forma rápida hacia el cerro de San Francisco.

Enseguida la Audiencia dio la orden para que los ancianos, las mujeres y los niños se marcharan hacia el interior de la isla, a La Vega. Decidí que no me podía marchar hasta que no diera las gracias a mi salvador. Nunca conocí a mi padre, un marinero portugués, pero mi madre siempre decía que debía dar las gracias a todo aquel que me ayudara.

Dispuesto a cumplir con las enseñanzas de mi difunta madre me escondí muy cerca de la ermita de San Telmo, a la espera de ver de nuevo al miliciano que me había traído de vuelta a la seguridad de las murallas que rodeaban Las Palmas.

Los defensores canarios se apostaron en el lado norte de la muralla, en el tramo comprendido entre La Casa Mata y la pequeña fortaleza de Santa Ana. Pude distinguir entre ellos a Juan García, el panadero, a Domingo Rosales, el carpintero, al que a veces ayudaba por un par de maravedíes y a un mon-

tón de vecinos más. Nunca pensé que éstos fueran capaces de combatir casi como soldados de La Corona.

Desde la costa los cañones canarios disparaban sin tregua sobre el enemigo, causándoles numerosas bajas. Pude escuchar en ese momento a varios milicianos comentar que La Fortaleza de Las Isletas se había rendido y entregado su armamento a los holandeses. Sin duda, éstos aprovecharían sus cañones para usarlos contra los muros de la ciudad.

Poco a poco fui comprobando que los ánimos de mis vecinos iban decayendo a cada nuevo cañonazo de los invasores. Desde la ermita de San Sebastián y el hospital de San Lázaro los holandeses disparaban sin parar hacia el cubelo de Santa Ana, justo donde la muralla se encontraba con el mar.

Comprendí que todo había acabado cuando enmudeció la artillería de Santa Ana. Sin fuego enemigo, los invasores lograron derribar la puerta de Triana y entrar en Las Palmas. Era la una de la tarde del día 28 de junio. Nunca olvidaré, ni ese día ni esa hora.

Los milicianos empezaron a abandonar el lugar para dirigirse hacia La Vega de Santa Brígida. Me uní a ellos en su huida, con el alma sobrecogida pensando en el futuro que me aguardaba. ¿Sería vendido como esclavo? ¿Me quemarían en una hoguera?

En los días siguientes todo el mundo hablaba de la petición de rescate que había realizado el capitán de los holandeses, Pieter Van der Does. Si no queríamos morir en sus manos, viendo cómo Las Palmas y nuestros campos ardían, debíamos hacerle entrega de 400.000 ducados de oro.

La población estaba asustada y rezaba constantemente. Yo parecía estar ausente a la realidad en que vivía y solo quería encontrar al miliciano que me había salvado para darle las gracias. Quizás a muchos que lean estas líneas les pudiera parecer ese interés una simple locura, pero para mí esa gratitud era más importante incluso que la vida.

No logré saber nada de él hasta que llegó el día 3 de julio. Me pareció verlo de espaldas junto a un grupo de milicianos caminando hacia El Monte Lentiscal. Sin duda, algo pasaba, ya que todos ellos mostraban en sus rostros una gran preocupación.

Sin pensarlo dos veces marché tras ellos. Intenté contar cuántos hombres formaban el grupo de milicianos. Éstos no debían ser más de 300. Los rumores decían que más de 1500 holandeses estaban intentando llegar a La Vega. El aviso lo había dado un canario apostado en el Risco de San Roque.

Hacía un calor insoportable, parecía que el infierno se había establecido en la Tierra. Uno de los defensores se volvió y se dio cuenta de mi presencia. Enseguida lo reconocí. Se acercó despacio hacia donde yo estaba y con una sonrisa

en los labios me dijo: “nos volvemos a encontrar”. Le di las gracias por haberme salvado. Por fin había cumplido mi compromiso hacia él.

Me quedé sorprendido cuando el valiente miliciano respondió a mis palabras de gratitud ofreciéndome la posibilidad de devolverle el favor. Sin pensarlo dos veces, le ofrecí mi humilde colaboración para lo que pudiese necesitar.

En un principio quedé decepcionado porque esperaba un encargo mucho más peligroso. Sólo debía coger todas las piedras que pudiera y colocarlas para impedir que el agua circulara por las acequias que discurrían por el Monte Lentiscal. Tenía que hacerlo rápido. En un principio no comprendí sus instrucciones, pero le hice caso, le había prometido cumplir su encargo aunque no conociera sus razones.

Estuve tentado, tras terminar mi trabajo, de bajar por el barranco hacia la ciudad para ver lo que estaba ocurriendo. No lo hice, había prometido a mi salvador mantenerme apartado de la lucha.

Empecé a oír un frenético retumbar de tambores. Sobre los lentiscos sobresalían las banderas de los canarios. No parecía que fueran sólo 300 hombres los que salían en defensa de su tierra. Daba la impresión, por el ruido y los fogonazos, que eran miles los canarios que intentaban retomar la ciudad.

Los holandeses, ante el ruido y las banderas, llegaron a la misma conclusión que yo. Emprendieron la huida en desbandada, asustados, sedientos y con la idea de estar siendo atacados por un imponente ejército.

No sería hasta el día siguiente cuando comprendí la razón de la extraña orden recibida. Sin saberlo, haciendo caso al encargo del Capitán Juan Martel Peraza, había contribuido a vencer al invasor sin un solo disparo de mosquete.

Es extraño que un gesto que podemos considerar insignificante, pueda inclinar la balanza de la guerra hacia la victoria o hacia la derrota.

El Monte Lentiscal se había convertido en una trampa mortal para los holandeses. Con mi pequeña aportación, impidiendo la circulación del agua, había contribuido también a la victoria sobre nuestros enemigos.

No pudimos volver a Las Palmas hasta el 4 de julio. Columnas de humo se alzaban en el horizonte como prueba inequívoca de que los corsarios holandeses habían decidido arrasar la ciudad. Mientras las tropas de Van der Does se retiraban hacia sus naves, toda la población se unió para intentar apagar el fuego antes de que la ciudad entera fuera pasto de las llamas.

Poco a poco, año tras año, nuestra ciudad fue recuperando el esplendor de antaño. Para que la gesta de los milicianos

canarios no se olvide, cada 3 de julio visito, junto a mi mentor, el Capitán Juan Martel Peraza, el Monte Lentiscal.

Allí, donde vencimos a los holandeses, depositamos algunas flores en señal de gratitud y recuerdo a la memoria de los vecinos que dieron su vida por la ciudad de Las Palmas.

Hoy ese lugar recibe el nombre de la “Cruz del inglés” ya que muchos paisanos, como me ocurrió a mí cuando los vi por primera vez en los arenales de La Isleta, creyeron que los desalmados piratas que asolaron nuestra ciudad servían a la corona inglesa.

Le pido a aquel que encuentre en un futuro este manuscrito, me ayude a que todos los habitantes de Gran Canaria no olviden la gesta que supuso que unos pocos, con valor y astucia, vencieran a más de 8000 corsarios holandeses. Si así lo hiciera tendrá mi eterna gratitud.

Miguel Silva